

mirar que al imperio de su voz obedecieran los elementos, los demonios, la enfermedad y la muerte; porque es mayor maravilla el que alumbrara Vicente los ciegos entendimientos de los herejes waldenses, que redujera á nuestra fe millares de pecadores. Es mayor maravilla que transformar las ciudades mas licenciosas en Tebaidas de penitentes.

¡O si renaciera Vicente al mundo, para que experimentarais en vosotros mismos los efectos maravillosos de su espíritu afable y penitente! ¡O si desde este púlpito, como en otro tiempo, os predicara humildad y penitencia! ¡Cómo arrojarais las galas profanas, insignias de vuestra vanidad! ¡Cómo os abrazarais con la cruz de la mortificacion en castigo de vuestras pasadas culpas!

Pero qué ¿las palabras de Vicente, aunque proferidas por mi torpe lengua, perdieron toda la fuerza que tuvieron en su boca? Qué ¿el diseño que os he dado de su humildad y penitencia no basta á moveros á la imitacion? Ay de mí! Malogróse mi trabajo, frustráronse mis deseos. Porque mi idea no fué otra que la de vuestro aprovechamiento; y á este fin os he referido las acciones que comprueban la humildad y penitencia de Vicente, con individualidad que habrá parecido nimia y fastidiosa á los que tienen el gusto muy delicado. Pero poco importa, como vosotros salgais de este templo humildes y penitentes; y debéis salir, á ménos que no degeneréis de devotos de san Vicente. ¿Le venerais por vuestro especial patrono? ¿Queréis venerarle de veras? Pues tened vergüenza, os diré con san Agustin, de venerar á quien no pensais imitar. Tened vergüenza de mezclaros con la tropa de tantos impíos que con su vanidad y disolucion insultan á Vicente en este dia. No salgais del templo ántes de ofrecer á Dios en obsequio de nuestro santo el sacrificio de vuestro espíritu atribulado con el conocimiento de vuestras culpas: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*. Mirando vuestra miseria y la gran majestad de Dios ofendido, postrados á los piés de Jesucristo, humillaos, compungios. Prometemos, Señor, resistir á los impulsos de la vanidad, sofocar los desahogos del apetito con la humildad y penitencia. ¡Vos airado contra mí! Me pesa de todo corazon: ¡Vos misericordioso conmigo! Os amo de todo corazon. Perdonadme, Señor, misericordia.

SERMON

DE SAN VICENTE FERRER.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Dedit illi scientiam sanctorum, honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius.

El Señor le dió la ciencia de los santos, le sacó lleno de gloria en sus trabajos y le colmó de bendiciones.

Sabiduria, c. 10. v. 10.

Si hubiera de juzgar de san Vicente Ferrer como él juzgó de sí mismo; si no nos quedase otra pintura de su virtud que la que él nos hizo; si no hubiéramos de atenernos á otras palabras que á las suyas con respecto á su propia persona, en vano, hermanos míos, en vano nos reuniríamos hoy á oír su elogio con tanto regocijo y con una impaciencia tan santa como si fuera la primera vez que se anunciase sus grandes méritos y virtudes, que se han publicado por el espacio de cuatro siglos y siempre han sido oídas con placer. Yo no podría deciros otra cosa sino que por grande que fué delante de Dios y de los hombres, siempre fué pequeño y lleno de defectos á sus ojos; que mereció las mayores alabanzas, y jamas sufrió ninguna, ni se tuvo por acreedor á alguna; que tuvo á sus virtudes por defectuosas y á sus faltas por verdaderas y detestables; que todo el mundo le tuvo por santo, y que á él solo le pareció que no lo era. Ninguna cosa le parecía tan poco apreciable como la estimacion que se hacia de su persona. Toda cuanta gloria le resultó de parte de los hombres, le parecía vana, y la reputacion de su santidad y virtud sirvió de molestia á su virtud misma. No se complacia en los honores, temia siempre que se le alabase para

engañarle ó que se engañasen los que le alababan. Del favorable juicio de sus amigos apela al testimonio de su tímida conciencia, y cree que los otros le alaban por conjetura ó por opinion, y que él se desacredita á sí por propio y verdadero conocimiento. Teme que cuanto bueno se dice de él sea un lazo que se prepara á su vigilante humildad, ó una caridad que se ejerce con él á expensas de la verdad y de la justicia.

¿Reverenciaré con un respetuoso silencio lo que este santo tuvo el valor de ocultar por una santa modestia? ¿Suspendaré su elogio por no ofender á su humildad? Pero la humildad no tiene ya derecho sobre las virtudes que se han consumado. No, no temeré alabar al Señor en sus santos, cuando él mismo les ha dado despues de su muerte la alabanza y el premio que les es debido. No temo publicar desde este sagrado sitio en que se anuncia la palabra de Dios, el elogio y las grandes virtudes de san Vicente Ferrer, porque sé que nos es lícito á los ministros del Evangelio publicar las buenas obras que practicaron en este mundo los justos, para alabar á Dios en ellos y por ellos, para que se regocijen los pueblos oyendo alabar á los santos, y para que se animen los fieles con su ejemplo á seguir por el camino de las virtudes que ha de conducirlos á la gloria de Dios. No temo deciros, que podemos y debemos congratularnos con el agradable recuerdo de la vida, virtudes y milagros de san Vicente Ferrer, reconociendo en este héroe de nuestra religion un hombre lleno de la ciencia de Dios y revestido de la gloria y del poder de Dios en todas sus empresas, bajo cuyo aspecto voy á presentárosle en mi discurso, para que no solo seamos admiradores de sus méritos, sino tambien imitadores de sus ejemplos y virtudes. Temo solamente que las alabanzas de este gran santo, honor de nuestra patria, gloria de nuestra religion, apóstol de su siglo y ejemplar poderoso de cuantos le contemplan, pierdan toda su eficacia en la boca de un pecador.

Vos, Virgen santísima, mirasteis como á hijo á san Vicente Ferrer: él os honró como á su madre. Vos fuisteis el objeto de su tierna piedad y devocion desde sus primeros años. Él os atrajo una multitud de adoradores y siervos, y redujo á vuestra veneracion y obediencia á innumerables hijos extraviados. Interesaos en que publique con fruto sus virtudes, y que mis oyentes aprovechen con sus grandes ejemplos. Todo puede facilitarlos la gracia y los auxilios del Señor, y os suplicamos que

intercedais para que nos la conceda diciéndoos con el interes y la posible devocion: *Ave Maria*.

He aquí, hermanos míos, la conducta que de ordinario observa el Señor con sus escogidos, cuando para gloria suya y conservacion de su iglesia quiere suscitar aun en los tiempos de error y de discordia hombres capaces de sostener su verdad y restablecer su disciplina: los ilustra con sus luces para que se persuadan profundamente ellos mismos de lo que deben enseñar á los demas. Los honra delante de los hombres para darles mayor autoridad y mayor crédito cuando conviene edificar ó destruir, arraigar las buenas costumbres, ó detener los escándalos del siglo; y los recompensa con el buen éxito que da á sus trabajos y las bendiciones que derrama sobre sus palabras y sus obras. He aquí lo que observó el Señor con san Vicente Ferrer, á quien eligió para apóstol de su siglo. Le dió la ciencia de los santos: *Dedit illi scientiam sanctorum*. Le dió un ascendiente poderoso sobre las potestades de la tierra y le recompensó por fin echando la bendicion á sus trabajos y haciendo que viesen todos sus buenas intenciones cumplidas por su gracia: *honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius*.

Nacido en la ciudad de Valencia en el año de 1357, de unos padres cristianos y piadosos, recibió una esmerada educacion á que contribuyó mucho el ingenio vivo y penetrante, la memoria feliz y las demas bellas cualidades é inclinaciones que se descubrieron en él desde los principios. Á los doce años comenzó á estudiar la filosofia, y á los catorce la sagrada teología, pudiendo llamarse maestro á los diez y siete años. Pero el estudio y la ciencia de san Vicente Ferrer no era un conjunto de estériles y vanos conocimientos que se adquiere por el trabajo, que se alimenta de la curiosidad, que engendra el orgullo y altanería, que ordinariamente cae en el error y la contradiccion, y que segun san Agustin, puede ser de algun adorno para el espíritu, pero de ningun socorro para el corazon. Era una ciencia que tiene su origen de la de Dios; que se forma en el corazon, mas bien que en el espíritu; que se adquiere por la oracion, se conserva por la humildad y produce la caridad y la justicia. Era una ciencia del alma, porque con ella conocia el precio y la dignidad de la misma alma criada á imágen y se-

mejanza de Dios : la ciencia de la salvacion, porque descubria por ella su importancia y los medios para conseguirla : la ciencia de los santos en que aprendia cómo habia de llegar á serlo. Así es que creciendo en sabiduría, crecia tambien en santidad. El estudio no le impedía la devocion y el ejercicio de las virtudes. En aquella edad en que por lo regular es comun la dissipacion y la licencia, vivia entregado á la frecuente contemplacion de la pasion de Jesucristo y á la devocion mas tierna y afectuosa á María santísima, sin dar entrada en su alma á otras impresiones ni deseos. Conocia bien que la ciencia de la salvacion es la mas interesante, que en Jesus crucificado se aprende la verdadera sabiduría, que se ignora todo si se olvida al Señor y su santa ley, y así el estudio de las ciencias interrumpia muy poco ó nada su oracion. « *¿Quieres estudiar con fruto?* nos dejó escrito este mismo santo en su Tratado de la vida espiritual, *pues procura que la devocion acompañe siempre al estudio.* Consulta mas con el Espíritu santo que con los libros, y pide incesantemente á Dios la inteligencia de lo que lees. « *¿Te cansa, te fatiga el estudio?* Pues descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo : algunos instantes de reposo en su sagrado corazon añaden nueva fuerza y nueva luz al entendimiento. Interrumpe la aplicacion con breves pero fervorosas jaculatorias. No des principio ni pongas fin á la tarea del estudio sin la oracion, porque la sabiduría es don del Padre de las luces, y de ningun modo es obra de nuestro ingenio ni de nuestro trabajo. »

Bien pronto conoció por experiencia propia la necesidad de velar sobre su alma. Conoció que no habia medio mas seguro para vencer al mundo que huir de él. Ni la inocencia y pureza de su vida, ni la bondad de su natural, ni la santidad de su educacion le parecieron capaces de mantenerle en sus buenos propósitos. Contempló el retiro, miró con desden las esperanzas de una fortuna risueña y de una futura felicidad que el mundo le prometia, y temiendo no ser engañado, quiso él mismo engañarle con su renuncia y abandono. Afortunadamente no tuvo que vencer la contradiccion y repugnancia que suelen hallar estas resoluciones por parte de los mismos padres y parientes : á los diez y siete años, concluidos sus estudios, le manifestó su padre el intento que tenia de colocarle bien en el mundo, si era gustoso de tomar el estado eclesiástico ó reli-

gioso, y se llenó de gozo y comprendió el misterioso sueño que habia tenido algunos dias ántes del nacimiento de su hijo, cuando oyó de su boca la resolucion que habia tomado de entrar religioso en el instituto de santo Domingo. El mismo padre le presentó al prior del convento de Valencia, y este le recibió como un don especial venido del cielo.

¿Buscará Vicente en el retiro y la austeridad del claustro las comodidades y regalos que ha abandonado en el mundo y en la casa de sus padres? Renunciando á las dignidades del siglo, ¿gustará honrarse con su piedad y aspirará á los puestos distinguidos de su órden? ¿Pretenderá elevarse por el camino del estado religioso, y valerse de él para llegar á donde no podria quedándose en el mundo? No, hermanos míos : san Vicente no busca ni apetece la ciencia vana del mundo, la prudencia del siglo que hincha y todo lo ordena al aumento y consecucion de los bienes terrenos y perecederos; busca la ciencia de los santos que solo solicita granjear la salvacion. En el claustro, libre ya del bullicio y peligros del mundo, redobla mas y mas su oracion, sus vigalias, su recogimiento, aspira sin cansarse á ser un religioso perfecto tomando por modelo al gran padre santo Domingo, á desempeñar fielmente todos los deberes de su estado. Allí, solo con su Dios, contempla las verdades eternas que habia de anunciar despues al mundo. A los piés de Jesus crucificado permanece inmóvil en la consideracion de los misterios de nuestra religion de que estaba poseído. Allí busca con humildad y con un profundo recogimiento el sentido y la inteligencia de los textos de la Escritura sagrada.

He aquí, hermanos míos, lo que ordinariamente nos impide adelantar en el conocimiento de Dios y de sus verdades eternas : la amplia libertad que damos á nuestros sentidos. Por ellos se derrama el espíritu y se entrega á tantos objetos de vanidad que le detienen y le disipan. Por ellos pasan al alma tantas imágenes y figuras diferentes que la ocupan y la inquietan, y de aquí nace que poniendo nuestra aplicacion en esta diversidad de representaciones y de pensamientos mundanos, ni somos dignos, ni somos capaces de concebir los de Dios. San Vicente vivia en un perfecto recogimiento : apenas permitia á sus sentidos las funciones necesarias al comercio de la vida y trato humano. Su alma atenta y recogida en sí misma, no se servia de ellos sino para los oficios de piedad. Como no vivia

mas que por el espíritu y como todo su espíritu le tenia puesto en Dios, viendo, no veía; oyendo, no oía; y comiendo, no hallaba gusto. La naturaleza toda llegó á ser para él como invisible. Su curiosidad no solo estaba mortificada sino que puede decirse que estaba muerta. Jamas interrumpieron el curso de su oración aquellas distracciones importunas, que á pesar del deseo y de la voluntad, casi siempre y como por necesidad perturban la imaginacion y la memoria. ¿Nos admiraremos ya de que con esta entera aplicacion de su espíritu, amontonase aquellos tesoros de ciencia y sabiduría que comunicó despues con tanta edificacion y tanta eficacia?

No quiero pasar adelante sin hacer observar la diferencia que se advierte entre la ciencia que se adquiere por el estudio y la que es inspirada de Dios. La primera no tiene aquella fuerza secreta que persuade, convence y mueve á la voluntad. Ella produce una vana admiracion y no una persuasion eficaz; hace ostentacion de mucha doctrina y de profundidad de conocimientos, pero no causa ni obra conversion alguna. Pero la ciencia que Dios inspira, se hace escuchar con atencion; pasa al espíritu de los que la oyen; los convierte y reduce á creer; casi necesariamente los obliga á asentir á la verdad, y arrastra insensible y poderosamente la voluntad á obrar el bien. Tal era la ciencia enteramente divina de san Vicente Ferrer. Si exhorta á sus religiosos, los penetra, los trasporta y los inflama. Si se aplica á la conversion de las gentes del mundo, infunde en sus almas el temor de los juicios de Dios y los atrae al camino de la penitencia y de la perfeccion cristiana. ¡Espada cortante de la palabra de Dios! Tú llegabas desde la boca de san Vicente Ferrer hasta la separacion del alma; tú penetrabas hasta en medio de los huesos, en las medulas y en las partes mas secretas del corazon; tú separabas al padre del hijo y al hijo del padre; tú rompías los lazos de la carne y de la sangre, del amor propio y de la naturaleza. Representémonos aquel concurso de pueblos que salian por todas partes á aprovecharse de las instrucciones de este santo hombre: aquel auditorio cristiano á quien juntaba la reputacion del predicador, y á un predicador á quien el celo de la salvacion de los hombres habia hecho salir de su claustro para anunciar la verdad y predicar la penitencia, y aprendamos vosotros y yo nuestras obligaciones.

No iban allí los oyentes para aumentar el concurso, sino para

ser convencidos y para instruirse; no para honrar al ministro de la palabra de Dios, sino para aprovecharse de su ministerio. Consideraban el sermón como una exhortacion que debian oír con respeto, y no como una simple relacion de que pudieran ser jueces. No era su ánimo notar las faltas del predicador, sino corregir sus propios defectos. No convertian aquellas asambleas de piedad, de modestia, de silencio y compuncion en concurrencias tumultuosas de vanidad, de curiosidad y de lisonja. No buscaban aquellas pinturas agradables de los vicios dominantes en que á cada uno le parece ver el retrato del otro y no el de sí mismo; donde se forma una especie de placer aun de sus mismos pecados, por las aplicaciones malignas que se hacen sobre los de los otros, y donde las prudentes reprensiones del predicador se convierten en murmuraciones secretas y en sátiras contra el prójimo. Ellos venian dóciles y se volvían contritos y humillados, y las lágrimas que derramaban eran el mejor elogio del sermón que acababan de oír. Los ricos hacian un sacrificio voluntario de sus bienes: los pobres quedaban contentos con su pobreza. Veíase abandonar el lujo y las galas por vestir el cilicio; humillarse bajo el yugo de la obediencia cabezas formadas para mandar; poblábanse los claustros, y el mundo y el demonio perdian la autoridad y el dominio que ejercian sobre las almas.

Por su parte el predicador era digno de su empleo. No se habia ingerido en el ministerio evangélico ántes de haberse purificado en el retiro, y no se atrevia á hablar de Dios ántes de haberle escuchado por largo tiempo en el secreto y el silencio. Por grandes talentos que tuvo para hacerse estimar, predicó á Jesucristo y no se predicó á sí mismo. No se propuso la predicacion como un medio de distinguirse ó como un resorte para llegar á las dignidades de la iglesia. Jamas se le vió solicitar á los oyentes para que le aplaudiesen, ni afanarse por sostener una dudosa reputacion. No desmintió jamas con sus costumbres la santidad de sus palabras: siempre estuvo dispuesto á practicar en el retiro lo que acababa de enseñar en las cátedras de la iglesia. Buscó, no en sus propias invenciones, sino en las fuentes puras de la Escritura y en su frecuente oracion y contemplacion, con qué convencer y con qué mover á los pecadores. ¿Qué afectos pues tan maravillosos no debia producir en los ánimos una doctrina celestial en su origen, ilustrada, poderosa

fiel en su dispensacion y anunciada con un celo tan santo y un desinterés apostólico?

¿Extrañaremos ya que fuese árbitro de los grandes sucesos de su siglo y que se pidiese su consejo, y esperase su resolución en los intrincados asuntos de la iglesia y del estado? ¿Extrañaremos que con esta ciencia unida siempre á la austeridad, mortificacion y penitencias rigurosas, obrase tantas conversiones y saliese triunfante de los peligros y tentaciones de que se valia con frecuencia el espíritu tentador para derribarle, humillando á sus piés y haciendo derramar lágrimas de compuncion y arrepentimiento á las mismas mujeres perdidas que se le acercaron con la mayor desenvoltura para pervertirle? Tal era san Vicente en la sublimidad de su ciencia, y bien podemos congratularnos y gloriarnos reconociendo en él un hombre lleno de la ciencia de Dios: *Dedit illi scientiam sanctorum*. Veamos ahora cómo fué revestido de la gloria y poder de Dios en todas sus empresas.

Si la vida del hombre es una guerra continua sobre la tierra, hemos de convenir en que la de los santos es una vida de trabajos, no solo por la oposicion y alarma que tienen que sostener contra sus propios deseos y los movimientos desordenados de su concupiscencia, sino tambien por los empeños arduos y laboriosos en que se ponen cuando Dios por su providencia los llama á la reforma de costumbres de su pueblo ó al restablecimiento del orden y de la paz de su iglesia. Sin embargo este trabajo siempre va acompañado de grandeza, de gloria y de la bendicion de Dios. El resplandor de la virtud, mas tarde ó mas temprano penetra los velos con que se la oculta, y llega á ser honrada delante de los hombres por mucho cuidado que ella tenga en ocultarse en sí misma; y en los empleos y ministerios sagrados, dice san Juan Crisóstomo, hay un honor no soberbio, sino venerable, no para alimentar el orgullo por medio de las complacencias mundanas, sino para suavizar el trabajo por las consolaciones espirituales, y que sirve para dar á la santidad el peso y reputacion que ella se merece. Esta verdad se ve de manifesto en san Vicente Ferrer. Es un religioso retirado del mundo y se le ve ocupado en los negocios públicos, honrado de las potestades del mundo y autorizado sobre todas las condiciones del cristianismo. La humildad, la penitencia, el deseo de asegurar su salvacion eterna le habian hecho tomar la resolu-

cion de amortajarse vivo y ocultarse en un convento; y la obediencia y la caridad le hacen volver á salir y darse á la luz del mundo. Tan pronto oculto bajo el celemin para poseer su alma en quietud y obrar su salvacion con temblor; y tan pronto puesto sobre el candelero para alumbrar á toda la casa, dándose á todos sin pararse y sin distraerse; ocupado sin disipacion; solitario sin ociosidad; dispuesto siempre para obrar cuando la Providencia le llama para ello; pronto para la contemplacion cuando la misma Providencia le detiene en ella, tan pronto para el prójimo, tan pronto para sí mismo, y siempre para Dios; pensando en las necesidades públicas como si hubiera sido encargado de la salvacion de todas las almas, y velando sobre sí como si no tuviese que salvar mas que la suya.

Sus superiores le nombraron maestro de filosofía á los veinticuatro años. Viendo el celo y acierto con que desempeñaba este encargo en Valencia, le enviaron con el mismo á Barcelona y despues á Lérida, donde recibió el grado de doctor por mano del cardenal delegado de la santa Sede en España, Pedro de Luna. Vuelto á Valencia, explicó Teología y Escritura. Comenzó á predicar, y las grandes conversiones que hizo dieron á conocer que Dios habia enviado en él al mundo un nuevo apóstol. Se conocia bien que su elocuencia no era mundana, y que no tenia otro principio que en el estudio del mismo Jesus crucificado. Su reputacion se extendia por todas partes, y crecia al mismo tiempo su humildad. Se aumentaba con sus trabajos apostólicos su trato con las gentes, y se aumentaban á la vez sus penitencias, sin eximirse en nada de la observancia de su regla.

El cardenal Pedro de Luna, que en el cisma que en aquel siglo afligió á la iglesia, fué electo papa en Aviñon y tomó el nombre de Benedicto XIII, llamó á san Vicente y le nombró confesor suyo y maestro del sacro palacio. ¿Con qué constancia renunció las dignidades de la iglesia que tan generosamente se le ofrecieron y que tanto podian lisonjearle? ¿Con qué fervor oraba y gemia delante de Dios, y exhortaba continuamente al desinterés y la union que tan necesaria era en la iglesia? ¿Cuántos viajes hizo al Aragon, Cataluña y Francia con diferentes legacias al emperador Sigismundo y al rey Carlos VI, y cuánto contribuyó á que se convocase un concilio general que pusiese término al cisma? ¿Con qué resolucion se separó de su

mismo protector Benedicto XIII, luego que le halló indócil á someterse á la decision del concilio, como hicieron sus competidores, y se conservó tenaz en su pretension? ¿Qué cuidados no tomó para restablecer la unidad y la paz en el rebaño de Jesucristo? ¿Cuánto trabajó cuando los parlamentos y juntas le eligieron por una de las nueve personas graves y respetables que habian de dirimir y fallar sobre el derecho de sucesion á la corona de Aragon, en que fué declarado por rey por unánime consentimiento don Fernando de Castilla? ¿Qué grande es vuestra gloria y vuestro poder, Dios mio! ¿Qué admirable sois en vuestros santos! Os valeis para los asuntos mas arduos de los elementos mas débiles, y cuando quereis honrar á vuestros siervos, á su voz se contiene la prudencia humana, se apaciguan las pasiones y se consigue la paz. Así lo vemos en san Vicente Ferrer. Habla este humilde y pobre religioso, y obedecen sus disposiciones y sacrifican sus deseos y sus intereses los grandes y poderosos del mundo. Vos sois, Señor, el que dais gloria y honor á sus trabajos y haceis respetable su virtud: *Honestavit illum in laboribus*. Y vos sois tambien el que disteis el complemento y bendicion á todas sus empresas: *Et complevit labores illius*.

Una maligna enfermedad le puso á punto de espirar en Avignon, cuando apareciéndosele Jesucristo le mandó que fuese como un apóstol á predicar por todas partes. Se levanta repentina y milagrosamente, y nada fué capaz de detenerle, así como no hubo peligro que le arredrara para hacer sus misiones por toda la Europa; y la Europa oyendo su voz mudó muy pronto de costumbres. Viósele ir de iglesia en iglesia, de provincia en provincia, de nacion en nacion. Cataluña, Aragon, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Leon, Castilla, Asturias, apénas hay pueblo que no se gloríe de haber resonado en su recinto la voz de san Vicente, que llamaba á penitencia y amenazaba como el Bautista con la proximidad de la segur que ha de cortar el árbol, con la muerte y el juicio terrible que nos espera; que no haya oído la voz de san Vicente que le exhortaba al temor santo de Dios. La Francia, el Languedoc, la Provenza, el Delfinado, la Italia, el Piamonte, la Lombardía, la Saboya, la Alemania... No es posible referir sus viajes ni sus prodigiosas y multiplicadas conversiones. No tiene que vencer este nuevo apóstol la resistencia de las potestades ni las persecucio-

nes de los pueblos. El Señor bendice sus trabajos y le comunica su poder en sus empresas. Las gentes salen en tropas á recibirle como á un enviado del Señor, y salen acompañándole á millares las personas cuando pasa de una ciudad á otra. No es un conquistador terreno que deja en pos de sí la desolacion, el luto, las lágrimas y calamidades; es un ministro del Dios de paz, y solo se oyen donde quiera que predica los llantos de la penitencia y del arrepentimiento, la reconciliacion de los enemigos, la restitucion de lo mal habido; solo se ven conversiones admirables debidas no tanto á los milagros que obra en todas partes como á su vida santa, ejemplar y llena de virtudes. El rey de Inglaterra y el duque de Bretaña le escribieron en los términos mas respetuosos para que pasase á sus estados á ejercer tambien su caridad apostólica, y aunque recibió los mayores obsequios y atenciones, jamas se dejó dominar del amor propio, ni mitigó sus austeridades y penitencias. En todas partes predicaba y todos le entendian, resultando así no ménos la reforma de costumbres de los cristianos, que la conversion de los judíos, moros, turcos; siendo prodigioso el número de los que sacó de las tinieblas de la infidelidad.

Entre tanta fatiga y tanta austeridad vivia como por milagro. Llegó el tiempo de conceder el descanso y la recompensa á este siervo fiel, y el Señor le envió una muerte preciosa á los setenta años de su edad, dejando su cuerpo en Vannes, y tomando su alma para introducirla en los gozos eternos. Un nuevo discurso sería necesario para referir las magníficas exequias que le mandó hacer el duque de Bretaña, el ansia por ver el santo cadáver, por tocar su cuerpo, por gozar algunas de sus reliquias. La duquesa lavó sus piés con sus mismas manos y Dios obró muchos milagros por aquella agua. Todos lamentaban la pérdida del santo, y el papa Calixto III le canonizó solemnemente; y podemos ya sin ofender su modestia gloriarnos de llamarle santo, de tenerle por nuestro patrono, y congratularnos con la memoria de su vida y sus milagros, trasmitiendo su historia y su elogio de generacion á generacion.

Pero es preciso que le imitemos. Los ejemplos de su vida, que en otro tiempo fueron sus obligaciones, ¿no nos dan á entender las nuestras? Bien sé que no á todos toca enseñar con eficacia, reprender con fuerza, formar grandes empresas, atraer á los pueblos enteros á la penitencia: pero á todos toca estu-

díar la ciencia de su salvación y procurar entrar por los caminos de Dios; á todos toca el ser contenidos en sus juicios, mortificados en su vida, moderados en sus pasiones, humildes en sus sentimientos, apacibles y caritativos en el trato con nuestros prójimos. ¿No nos exhorta todavía con sus obras? Si sus palabras movían á tantos corazones, ¿no moverán sus obras á los nuestros? Aquellos ejemplos que corrigieron tantas malas costumbres, aquella piedad tan viva y tan tierna, que hizo á tantos religiosos y penitentes, los sentimientos de aquella grande alma y el premio que ahora disfruta, ¿no harán alguna impresión en nosotros?

Interceded, glorioso patrono nuestro, con el Padre de las misericordias y dador de toda gracia para que nos dé la de imitaros, la paz y prosperidad en esta vuestra patria, y el que le gocemos despues con vos en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN VICENTE LEVITA Y MÁRTIR,

PATRON DE HUESCA.

(DE TRONCOSO.)

Magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam sive per mortem.

Jesucristo será glorificado en mi cuerpo, ya sea en la vida ya sea en la muerte.

S. Pablo á los filip. c. 1. v. 20.

Son tantos los testimonios que comprueban la divinidad de la religion católica, tan gloriosos los triunfos que ha reportado del infierno, que no es posible lanzar una ojeada reflexiva sobre la historia de los pasados siglos sin experimentar una religiosa veneracion hácia esa hija del cielo. Por donde quiera que fijamos el pié, pisamos un suelo regado con la sangre de mártires invictos, que en todas épocas han glorificado á Jesucristo y ensalzado su nombre augusto, ora sea en su vida, ora sea en su muerte. Hay empero algunos pueblos en donde la gloria de la cruz se ha ostentado mas brillante y esplendorosa; y entre estos, España, pueblo de predileccion, tierra clásica del cristianismo, ha merecido un lugar muy distinguido por los héroes que ha producido para gloria de la fe y honor eterno de la iglesia. El solo nombre de Vicente bastaria para evidenciar esta verdad tan satisfactoria para nuestra católica nacion. No hay rincon del globo en donde no se pronuncie con gloria, y en que no se tributen los mas solemnes obsequios á su memo-